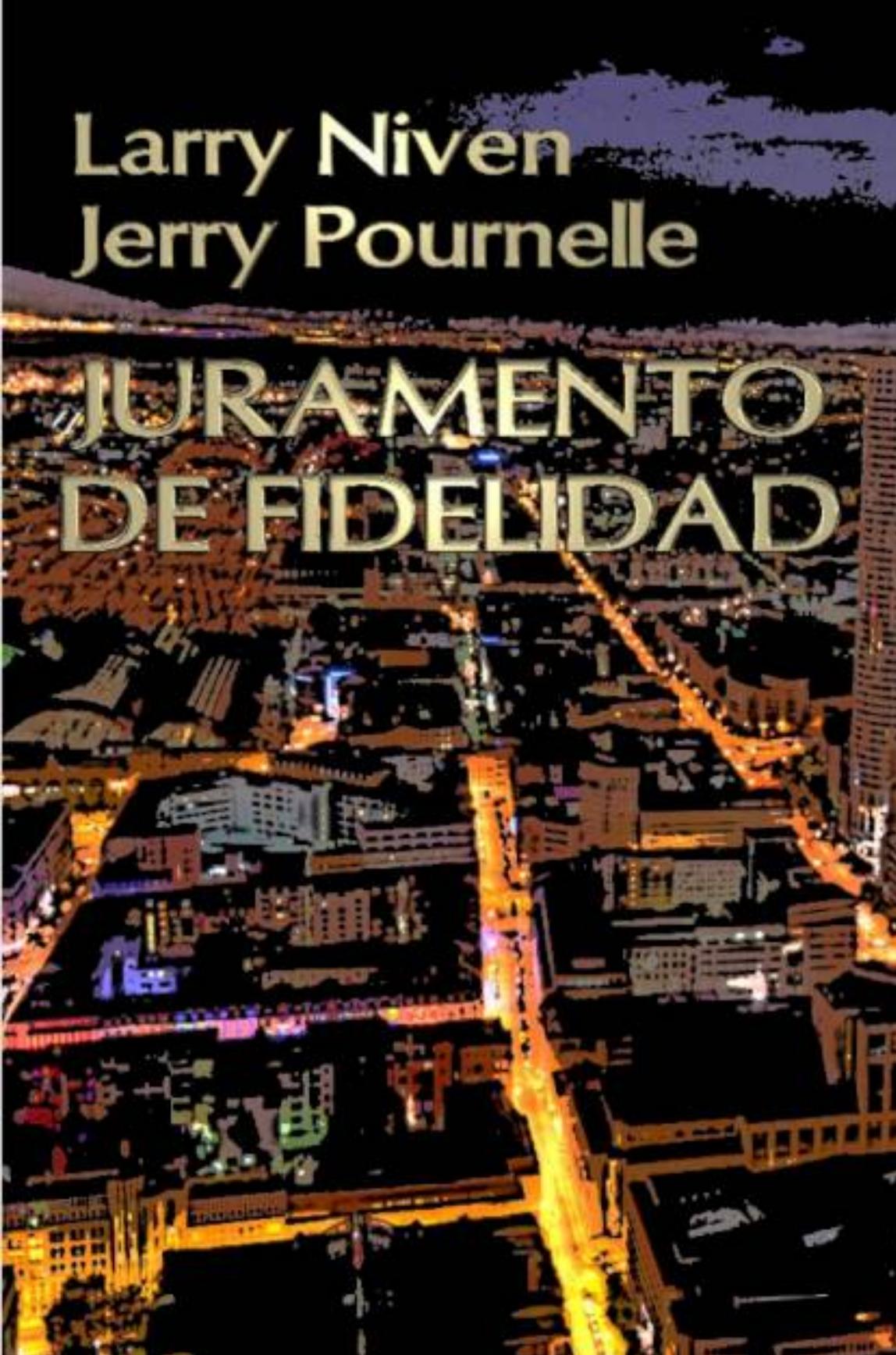


Larry Niven  
Jerry Pournelle

# JURAMENTO DE FIDELIDAD

An aerial night photograph of a city, likely San Francisco, showing a dense grid of buildings and streets. The streets are illuminated with warm yellow and orange lights, creating a glowing pattern. Some buildings have blue and purple lights. The overall scene is dark, with the city lights providing the primary illumination.

La ciudad Todos Santos, situada a dos millas de Los Ángeles, no es sólo una ciudad sino también una corporación, una entidad política. Y si uno está dispuesto a ceder parte de su independencia y permitir un mínimo de vigilancia a efectos de seguridad, puede convertirse en residente-accionista y penetrar en un mundo que, basándose en el derecho, produce orden, prosperidad y tranquilidad, pero en el exterior no se ve a Todos Santos como una moderna utopía. Los líderes políticos de Los Ángeles la consideran un drenaje al poder de la ciudad y a sus recursos económicos. Los residentes de los suburbios la ven como un símbolo gigantesco de la exclusión y represión.

Los extremistas, como un enorme cáncer urbano.

Niven y Pournelle, combinando sus probados conocimientos tecnológicos con una ambiciosas y original especulación político-social, han creado un provocador relato de intriga que es, al mismo tiempo, un análisis de nuestro mundo y ofrece una interesante alternativa de futuro. Larry Niven ha ganado tres veces el premio Hugo y una el Nebula. El Dr. Jerry Pournelle, graduado en ingeniería, psicología y ciencias políticas, ha intervenido en los proyectos Mercury y Apollo. En 1972, ganó el premio John Campbell.

A Robert A. Heinlein, que nos enseñó todo lo preciso.

## RELACIÓN DE PERSONAJES

Joe Dunhill: Agente a prueba en la sección de Seguridad de Todos Santos.

Isaac Blake: Teniente de la sección de Seguridad de Todos Santos.

Preston Sanders: Subdirector del Edificio Independiente de Todos Santos.

Tony Rand: Ingeniero jefe de Todos Santos.

Arthur Bonner: Director general e interventor general de Todos Santos.

Frank Mead: Ayudante de dirección de Todos Santos.

Delores Martine: Secretaria de Arthur Bonner.

Barbara Churchward: Directora de Desarrollo Económico de Todos Santos.

MacLean Stevens: Teniente de alcalde del ayuntamiento de Los Angeles.

Sir George Reedy: Subsecretario de Desarrollo Interno de Canada.

Genevieve Rand: Ex-esposa de Tony Rand.

Alice Marie Strahler: Secretaria de Tony Rand.

Alian Thompson: Estudiante.

Sandra Wyatt: Secretaria del director general de Todos Santos.

James Planchet: Concejal del ayuntamiento de Los Angeles.

Eunice Planchet: Esposa del anterior.

George Harris: Hombre de negocios, convicto evasor de impuestos.

Thomas Lunan: Periodista.

Amos Cross: Jefe de la sección de Seguridad de Todos Santos.

John Shapiro: Doctor en Derecho, asesor legal de Todos Santos.

Samuel Finder: Doctor en Medicina, médico residente de Todos Santos.

Hal Donovan: Teniente del Cuerpo de Policía, sección de robos y homicidios.

Cheryl Drinkwater: Residente de Todos Santos.

Armand Drinkwater: Operario de waldo.

Glenda Porter: Experta en tatuaje.

Sidney Blackman: Fiscal de distrito del condado de Los Angeles.

Penelope Norton: Juez del Tribunal Superior del estado de California.

Phil Lowry: Periodista.

Mark Levoy: Propietario de un bar, *exhippy*.

Ronald Wolfe: General del Ejército Ecologista Norteamericano.

Arnold Renn: Doctor en Filosofía, profesor de Sociología de la universidad.

Rachael Lief: Conductora de *bulldozer*.

Carol Donovan: Esposa del teniente Donovan.

Vito Hamilton: Agente a prueba en la sección de Seguridad de Todos Santos.

Vincent Thompson: Teniente de la sección de Seguridad de Todos Santos.

## Prólogo

*Lo único preciso para el triunfo del mal es  
que los hombres buenos no hagan nada.  
Edmund Burke*

### LOS INVASORES

En cualquier otro lugar de Los Angeles la tarde no había terminado, pero allí era la hora del crepúsculo. Los tres invasores que acechaban en el naranjal se hallaban sumidos en las sombras. El cielo resplandecía detrás de ellos y formaba grietas de blancoazulada luz entre los árboles, haciendo que las sombras fueran más oscuras todavía. Había un fresco aroma de fertilizantes y naranjas aplastadas en el cálido viento de Santa Ana.

Muy cerca, la fachada oriental de Todos Santos era un negro muro que atravesaba el mundo. Miles de balcones y ventanas en ordenada disposición no eran más que un vacío sin rasgos visto a través de grisáceas hojas, un rectángulo negro de marcados vértices que oscurecía el cielo.

Los invasores entornaron los ojos para escudriñar la inconsistente luz, y quedaron inmóviles al escuchar el estruendo de alas sobre sus cabezas. No había nadie en las cercanías. Habían observado la partida de los guardianes de tierra. Después no habían visto un solo guardián.

—Allí. —La chica señaló. Su voz no fue más fuerte que el susurro de las hojas agitadas por el viento—. Allí.

Los dos hombres miraron hasta distinguir un perfil rectangular, apenas visible, en la base del imponente muro. Era de gran tamaño.

—La gran puerta —dijo la chica—. Aún estamos muy lejos. No lo parece, pero esa puerta tiene diez metros de altura. La puerta pequeña está a la izquierda.

—No la veo —dijo uno de los jóvenes. De pronto se rió tontamente, y calló con idéntica rapidez—. ¿Nervioso? ¿Yo?

El otro joven era delgado, lucía un bosquejo de barba y de su mano colgaba el asa de un maletín negro. Contempló las minúsculas luces que había en la parte superior del maletín, y en un momento dado dijo:

—Corred hacia la puerta grande hasta que veáis la pequeña. Atentos. Tres, dos, uno, ahora.

Echó a correr, con el maletín delante del cuerpo para protegerlo de una posible sacudida. Los otros le siguieron a distancia, con otro bulto mucho mayor entre los dos. El líder ya estaba sacando cosas de su maletín cuando los otros llegaron, jadeantes.

—Qué luz tan asquerosa —dijo el líder, respirando entrecortadamente.

—También es mala para los guardianes —repuso la chica—. En todas partes todavía hay luz solar, menos aquí. Si fuera de noche, los guardianes *sabrían* que no se puede ver bien. Y vigilarían con más atención.

El otro joven sonrió irónicamente.

—Vamos a darles un buen susto.

Había un letrero en la puerta, bajo una enorme calavera, que decía:

SI CRUZA ESTA PUERTA,  
MORIRÁ.

El aviso estaba repetido en inglés, español, japonés, chino y coreano.

—Son muy sutiles, ¿verdad? —dijo la chica. Se puso seria mientras su barbudo compañero abría la puerta.

No hubo bruscos gemidos de alarmas y los tres sonrieron durante aquel momento de triunfo.

Entraron rápidamente. El joven barbudo cerro la puerta.

## I

*La vida en estado primitivo es solitaria, pobre, desagradable, tosca y breve.*

*Thomas Hobbes, Leviatán*

## LOS VIGILANTES

Joe Dunhill pasó la manga por su placa y quitó imaginarias pelusas de su uniforme azul brillante. La puerta seguía allí, todavía con la indicación CENTRAL DE SEGURIDAD: Exclusivamente para personal autorizado. Respiró profundamente y extendió la mano hacia el botón que había a un lado. Antes de que su dedo pudiera tocarlo, se produjo un tenue zumbido y la puerta se abrió.

La sala resplandecía de acero, cromo y formica. Un policía con galones metálicos de sargento en el cuello de la camisa, estaba sentado ante un escritorio; de cara a la puerta. En el escritorio no había más que una pequeña pantalla de televisión.

—¿Sí?

—Agente Dunhill, listo para empezar.

El hombre de más edad arqueó una ceja.

—Es algo temprano para el turno de noche.

—Sí, señor. Pensaba que podía haber papeleo... como es el primer día de trabajo...

El sargento sonrió ligeramente.

—Las computadoras se encargan de esas cosas. ¿Dunhill? —Frunció el entrecejo—. ¡Ah, sí! Usted es el nuevo

agente que envía el departamento de policía de Seattle. Supongo que allí lograría una buena hoja de servicios. ¿Café? —Se volvió hacia una máquina que estaba a un lado de la habitación.

—Eh... sí. Poco cargado y con azúcar, por favor.

El sargento pulsó varios botones. La máquina pensó un instante, y luego zumbó con suavidad. El sargento sacó una taza de plástico.

—Aquí lo tiene.

Joe paladeó la bebida.

—Caramba. Es bueno. —La sorpresa se reflejó claramente en su voz.

—Naturalmente que lo es... Claro, usted es nuevo aquí. Escuche, *todas* las máquinas de café de Todos Santos hacen buen café. No las tendríamos aquí si no fuera así. La jefa adquirió mil máquinas como ésta.

Hasta los clichés mueren, pensó Joe Dunhill.

—¿Por qué se fue de Seattle?

La pregunta parecía casual, y tal vez, pensó Joe, lo era. Y tal vez no.

—Todos Santos me hizo una oferta que no podía rechazar.

La sonrisa del sargento fue cordial, aunque también maliciosa.

—Dunhill, yo no formé parte de la comisión que decidió contratarle, pero conozco el caso. Creo que le jugaron una mala pasada.

—Gracias.

—Sí. Pero si hubiera dependido de mí, no le habríamos empleado.

—Oh. —Joe no supo qué responder.

—No porque matara a ese rufián. Yo también he hecho cosas así.

—Entonces, ¿por qué no?

—Porque no creo que esté capacitado para el trabajo.

—Fui un magnífico policía —dijo Joe.

—Sé que lo fue. Y probablemente lo sigue siendo. Y ésa es la pega. Aquí no tenemos policías. —El sargento se echó a reír al ver la mirada de incompreensión de Joe—. Tenemos aspecto de policías, ¿no? Placas. Uniformes. Armas, algunos de nosotros. Pero no somos policías, Dunhill. Somos agentes de seguridad, y la diferencia es enorme. —Se acercó para apoyar la mano en el hombro de Joe—. Mire, espero que usted sirva. Vamos.

Acompañó a Joe fuera de la sala de recepción y lo condujo hasta una puerta cerrada, al final de un largo pasillo.

—¿Le han informado del sistema de cerraduras que tenemos aquí? —preguntó el sargento.

—No.

—Bien, en Todos Santos todos tenemos una placa de identificación. Es algo así como magia electrónica... ¡Caramba, podría ser magia, por lo que yo sé! Podrá abrir las cerraduras si tiene la placa correcta. Las placas de los residentes abren únicamente las puertas de sus hogares, sólo sirven para eso. Las placas de seguridad abren muchísimas puertas. —El sargento agitó su placa ante la puerta que tenía delante. No sucedió nada—. Pero no ésta. La puerta de Seguridad Central es especial. Lo que ocurre es que alertamos al agente de servicio que está dentro.

Aguardaron unos instantes, y después la puerta se abrió a una sala poco iluminada que tenía el tamaño aproximado de un retrete. La puerta que tenían a la espalda se cerró y, a continuación, se abrió la que tenían delante, dejando ver otra habitación mucho mayor y aún más escasamente iluminada.

Había pantallas de televisión, en grupos, en las cuatro paredes, con hombres uniformados ante cada grupo de pantallas. En el centro de la sala se hallaba un enorme tablero de mandos de forma circular, con infinidad de discos selectores y botones. En el tablero había más televisores empotrados. Un capitán uniformado, que llevaba puestos unos pequeños auriculares con micrófono, se encontraba

sentado despreocupadamente en un cómodo sillón en el centro del círculo del tablero de mandos.

—Dunhill, capitán —dijo el sargento—. Primer día. Le han asignado a Blake.

—Gracias, Adler. Bienvenido a bordo, Dunhill.

Isaac Blake poseía un rostro cuadrado con una papada incipiente bajo la cuadrada mandíbula, un cuerpo cuadrado, que también iba adquiriendo redondez, y cabello negro en el que predominaban las canas. Se recostó de manera indolente ante el grupo de pantallas y tomó un poco de café. Aproximadamente cada veinte segundos, Blake tocaba un botón y las imágenes variaban.

No parecía existir orden alguno en el flujo de imágenes. En un momento dado, la cámara se centró en las cabezas de cientos de compradores que deambulaban a lo largo de una galería comercial, con multicolores atuendos que parecían extraños porque la luz era artificial pero la grandeza del escenario hacía pensar en la luz solar. Después se vio un enorme comedor. Luego un sector de los naranjales y Todos Santos, que se erigía hasta trescientos metros de altura.

—Caramba... es una ciudad impresionante. Incluso vista en una pantalla.

—Sí —convino Blake—. Todavía me impresiona a veces.

Los dedos de Blake se movieron, y la cámara se desplazó hasta enfocar una pared lateral. Vistos con aquel ángulo, los tres kilómetros de longitud parecían extenderse indefinidamente.

El calidoscopio prosiguió. Tráfico disperso en un ferrocarril subterráneo. Pasillos interiores, que se extendían hasta muy lejos; gente en correas móviles, gente en escaleras mecánicas, gente en ascensores. Una aturdidora vista desde arriba de un balcón, donde un velludo hombre en cueros yacía repantigado con obscena comodidad en un col-

chón de aire. Una treintena de hombres y mujeres estaban sentados ante un alargado banco de trabajo y soldaban minúsculos componentes electrónicos sobre placas de circuitos; charlaban jovialmente y trabajaban casi sin mirar lo que hacían.

La cámara se desplazó al césped más allá del contorno de Todos Santos, donde los miembros de varios piquetes marchaban letárgicamente portando letreros. «ABAJO EL NIDO ANTES DE QUE ACABE CON LA HUMANIDAD» decía uno de los carteles. Blake mostró su desdén con un bufido y tocó varios botones. La imagen captó una mujer, joven y guapa, que vestía minifalda y llevaba un cesto de comestibles. La cámara siguió a la mujer por una escalera mecánica y un largo pasillo, y se acercó rápidamente para mantener la figura en primer plano mientras se aproximaba a una puerta. La puerta se abrió en cuanto la mujer sacó su placa del bolso. Entró, dejando la puerta abierta mientras colocaba el cesto en una silla. Durante un instante, la cámara captó un elegante apartamento, meticulosamente limpio, con gruesas alfombras, cuadros en las paredes... La mujer estaba desabotonando su blusa en el momento en que se acercó a la puerta y la cerró.

—Me gustaría contemplar el resto del espectáculo —murmuró Blake. Dedicó una perezosa sonrisa a Joe Dunhill.

—Entiendo que nosotros no debemos hacer eso —dijo Dunhill.

—No. Y tampoco podemos hacerlo.

—Oh. He notado que no ha recorrido el interior de una sola vivienda. A mí tampoco me gustaría tener cámaras en el cuarto de baño.

—Pues las tenemos —dijo Blake—. Pero no pueden usarse sin autorización... En estos momentos hay una conectada. —Tocó los auriculares—. Capitán, yo me encargaré de esa llamada interior.

—Perfectamente.

La pantalla fluctuó hasta mostrar una cocina. Un niño de corta edad estaba sacando cosas de los armarios. Esparció harina por el suelo, la mezcló cuidadosamente con sal y se dispuso a verter sobre la masa el contenido de una botella de jerez. Blake tocó un botón situado bajo la pantalla. Aguardó unos instantes.

—Señora —dijo por el minúsculo micrófono—, aquí Central de Seguridad. Alguien ha pulsado la alarma en la cocina, y será mejor que vaya a echar un vistazo... Sí, señora, *no hay peligro, pero debe apresurarse*.

Blake esperó. En la pantalla superior se vio a una mujer que aparentaba treinta y cinco años, no muy atractiva en aquellos momentos porque parte de su cabello estaba sujeto con rizadoros y el resto pendía aglutinado y húmedo; la mujer entró en la cocina, contempló la escena, horrorizada, y gritó:

—¡Peter!

Luego levantó los ojos, sonriente, y se acercó a la cámara.

—Gracias, agente —dijo.

Blake devolvió la sonrisa, sin motivo lógico, y tocó un botón. La imagen desapareció.

Joe Dunhill observaba, muy concentrado. El sargento Adler estaba en lo cierto, él jamás había visto a un policía hacer ese trabajo.

—No lo comprendo —dijo a Blake—. Usted salta de un sitio a otro.

—Algo así. Naturalmente hay excepciones, como cuando alguien nos pide que vigilemos algo concreto. Pero fundamentalmente observamos lo que nos parece. Cuando se lleva cierto tiempo aquí, uno aprende a juzgar la conveniencia.

—Pero ¿no sería mejor tener lugares asignados, en vez de ir de un sitio a otro?

—Los jefes no opinan así. Quieren que estemos atentos. ¿Y cómo vamos a estar atentos si siempre miramos una sola escena? Los matemáticos resolvieron los problemas... cuántos agentes, cuántas pantallas por agente, probabilidad de complicaciones... Está fuera de mi alcance, pero el sistema funciona.

Joe digirió la información.

—Eh... creo que yo sería de más utilidad en las calles. Para responder a las llamadas...

Blake se echó a reír.

—Cuando lleve un año aquí, quizás esté en situación de influir en los accionistas. Si es que sirve.

El calidoscopio proseguía. Una correa móvil, y algunos niños corriendo sobre la baranda, por encima de la correa. Blake accionó los controles y la cámara se acercó a los niños. Al cabo de un momento el calidoscopio se inició de nuevo.

—Piense en ello —dijo Blake—. En Seattle, usted era un policía, y salía a mezclarse con los civiles. Le preocupaba hacer buenos arrestos, ¿no es cierto? Era el mejor modo de ascender.

—Sí, pero...

—Bueno, aquí es distinto. —Blake arrugó la frente de improviso y dejó la taza de café.

A Joe Dunhill le costó unos instantes comprender que Blake ya no tenía ganas de hablar, y tardó otro segundo en darse cuenta de lo que había atraído la atención del agente. No era la pantalla, sino una luz azul que se había encendido junto a ella.

—En la azotea —dijo Blake, con duda reflejada en su voz. Después, con más confianza, añadió—: Un visitante. ¿Cómo habrá subido hasta ahí?

Blake accionó diversos mandos. La pantalla mostró imágenes inconexas, fugaces visiones de nueve kilómetros cuadrados de terraza: las ventanas cubiertas con cortinas del Sky Room, la sala de fiestas; jugadores en el campo de